

venir á la córte, á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban. "No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay qué esperar en favores ni en dádivas; porque, con el gran Don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió Su Majestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque, aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él vé que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica; y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros, á debida ejecucion, el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes, hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta por que no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que, como raiz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡Heróica resolucion del gran Filipo III, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal Don Bernardino de Velasco!—Una por una, yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dijo Don Antonio: Don Gregorio se irá conmigo, á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia; Ana Félix se quedará con mi mujer, en mi casa ó en un monasterio, y yo sé, que el señor visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver cómo yo negocio." El visorey consintió en todo lo propuesto; pero Don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo, que en ninguna manera podia ni queria dejar á Doña Ana Félix; pero, teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de Don Antonio, y Ricote en casa del visorey. Llegóse el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos; que la caida no le concedió que mas presto se pudiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos, al despedirse Don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á Don Gregorio mil escudos, si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó Don Antonio, prometiendo la paga dellos en la córte. Con esto, se partieron los dos, y Don Quijote y Sancho despues, como se ha dicho: Don Quijote, desarmado y de camino; Sancho, á pié, por ir el rucio cargado con las armas.

## CAPÍTULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

Al salir de Barcelona, volvió Don Quijote á mirar el sitio donde habia caido, y dijo: "¡Aquí fué Troya! aquí, mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura, para jamás levantarse." Oyendo lo cual Sancho, dijo: "Tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades: y esto lo juzgo por mí mismo, que si, cuando era gobernador, estaba alegre, agora, que soy escudero de á pié, no estoy triste; porque he oido decir, que esta que llaman por ahí *fortuna*, es una mujer borracha y antojadiza, y, sobre todo, ciega; y así, no vé lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza.—Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote; muy á lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria; y así, me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que, al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna, no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme, en fin; hice lo que pude; derribáronme; y, aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora,